

de la suya don Carlos O'Donnell, que formaba la izquierda de la línea de batalla, extendiéndose por el camino llamado de la Calderona, y que era el encargado de arrojar á los enemigos de las alturas de Vall de Jesus, en que se hallaba situado prolongándose hasta el mar. No describiremos la posición especial de cada uno de los demás cuerpos, porque no nos proponemos, ni es de nuestro propósito hacer una descripción minuciosa de la batalla. Reunió Blake cerca de 25,000 hombres. Esperó Suchet el combate, sin dejar sus baterías de seguir haciendo fuego contra la fortaleza de Sagunto, para ocultar á los sitiados las fuerzas que se habían separado y contener la guarnición.

A las ocho de la mañana del 25 principiaron su movimiento nuestras tropas de primera línea, viniendo á ocupar la segunda las posiciones que aquella dejaba. El ataque se emprendió por nuestras columnas con vigor y con visos de buen éxito. La división de Lardizabal se apoderó de un altozano, donde cogió al enemigo varias piezas, lo cual, observado por los sitiados de Sagunto, los llenó de regocijo creyendo próxima su libertad. No tardaron sin embargo en recobrar los franceses la altura; y si bien en el llano maniobró diestramente Zayas, y se sostuvo en él brava pelea, al fin rescataron aquellos las piezas perdidas, y si el mismo mariscal Suchet recibió una ligera herida de bala, también fueron heridos los jefes de nuestra caballería don Juan Caro y don Casimiro Loy, quedando además prisioneros, con lo que desmayó nuestra gente, siendo por fin arrollada. Sin embargo Zayas no se retiró sino cuando vió retroceder atropelladamente y en confusión la izquierda, que mandaba O'Donnell, y que protegían Miranda, Villacampa y Obispo, que ya había llegado y ocupaba su puesto. También por aquí había comenzado bien el ataque, pero de repente, y por causas que ni se aclararon entonces ni hemos hallado todavía bien explicadas, volvió grupas nuestra caballería: con tan inesperada ocurrencia la infantería cejó también, y una y otra se retiraron precipitadamente á las colinas de Germanells al abrigo de las tropas de Mahy, que á su vez, y antes que llegase un ayudante de campo del general en jefe con órden de que se mantuviera firme, retrocedió batido por los franceses hasta Ribaraja, pasando sucesivamente todas las divisiones el Guadalaviar.

Perdimos en esta desgraciada batalla sobre 1,000 hombres entre muertos y heridos, unos 4,000 entre prisioneros y extraviados, y 12 cañones. Los franceses en sus partes decían haber perdido poco más de 700 hombres. Fué ciertamente la batalla del 25 de octubre uno de aquellos acontecimientos infaustos que suceden contra todos los cálculos de la razón y contra todas las combinaciones de la ciencia militar. Los partes originales de todos los generales se remitieron al gobierno, el cual prudentemente no mandó proceder al exámen de las causas de aquel contratiempo para evitar las desavenencias que traen consigo tales indagaciones, cuando tanto importaba anular las voluntades para rehacerse y resistir con tesón al enemigo. En aquella misma noche, y cuando el ánimo de Blake se hallaba apenado con la desgracia del día, llegó á su noticia la resolución del gobierno, conforme á la voluntad de las Cortes, movida por los diputados valencianos, ordenándole se defendiese en Valencia hasta el último extremo; deseo tal vez más patriótico que sensato.

Quiso todavía Blake que se sostuviera el fuerte de Sagunto, á cuyo fin hizo enarbolar en la torre del Miquelete de Valencia la bandera que indicaba pronto socorro, y despachó prácticos con cartas para Andriani; medios infructuosos uno y otro, porque los prácticos no encontraron manera de llegar al fuerte, y la señal de la torre no pudo verse por la cerrazón que se levantó. Y como Suchet por su parte no se descuidó en aprovechar el triunfo de aquel día para intimar la rendición del castillo, inmediatamente escribió al gobernador invitándole á que enviara oficiales de su confianza para que le informaran de la derrota del ejército español y de la imposibilidad de recibir socorro. Envío en efecto Andriani al bizarro capitán de artillería don Joaquín de Miguel, que habló con los generales prisioneros Caro y Loy, vió las banderas y cañones cogidos por el enemigo, y á su regreso informó de todo á su jefe, á quien Suchet propuso condiciones honrosas para la rendición,

dándole una hora de tiempo para resolver. Congregó Andriani en su habitación los jefes y oficiales; propúoles si había alguno que se sintiera animado á prolongar la defensa, en cuyo caso él le obedecería gustoso como simple subalterno; nadie aceptó la propuesta; entonces contestó admitiendo la capitulación, en cuya virtud salió la guarnición del fuerte (26 de octubre), en batallones formados, armas al hombro, bayoneta armada y desplegadas las banderas, por la misma brecha que tan gloriosamente había defendido el día 18. Depuestas las armas, el jefe de estado mayor Saint-Cyr hizo á Andriani el obsequio del caballo de batalla del mariscal Suchet para trasladarse á Petrés donde aquel estaba, y el cual le prodigó distinciones á presencia de sus generales y de los jefes del fuerte (1).

Indudablemente la pérdida del castillo de Sagunto era un contratiempo fatal para la defensa de Valencia. Tenía Napoleón decidido y manifiesto empeño en apoderarse de aquella capital, era una de las empresas que con más gusto había acometido Suchet, y estimulaban á uno y á otro causas poderosas de distinta índole. Era Valencia la única ciudad populosa y rica, fuera de Cádiz, que no hubiera caído en poder de franceses, y su conquista, además de la influencia moral, había de proporcionarles grandes recursos para la manutención de sus ejércitos. Vivían en su memoria los horribles asesinatos de franceses en ella cometidos en 1808. Acordábase de la mortificación que el mismo año sufrió el mariscal Monecy viendo frustrarse su tentativa ante la imponente resistencia de los valencianos; y ¿cómo había de olvidar el mismo Suchet que en 1810 solo había podido contemplar las torres de la ciudad? Aguijábanlos pues el interés y la conveniencia, la satisfacción de una venganza, y el deseo de reparar el honor humillado de las armas imperiales.

Razones opuestas comprometían á Blake á defender á todo trance la ciudad. Era así la voluntad explícita de las Cortes y de sus compañeros de Regencia; lo cual habría bastado para un general que tenía por sistema no desviarse de la senda que le indicase el poder supremo. Pero requeríalo además el exaltado espíritu de los valencianos, que orgullosos con ha-

(1) Capitulación de Sagunto.

Art. 1.º «La guarnición saldrá por la brecha, prisionera de guerra, con los honores de la guerra, desfilando con armas y bagajes, y depositará las armas fuera del castillo.

Art. 2.º Los oficiales conservarán sus armas, equipajes y caballos, y los soldados sus mochilas.

Art. 3.º Los que no sean de armas tomar, serán libres, y podrán al instante volver á sus casas.

Seguían otros, hasta siete, sobre el modo de tomar posesión los franceses del fuerte y asistir á los enfermos y heridos españoles.»

Con motivo de haber estampado el conde de Toreno en el lib. XVI de su Historia de la guerra de España ciertas expresiones poco favorables al gobernador de la fortaleza, tales como la de haberle atollado la pérdida de la batalla, y de haberse reprendido en él cierta precipitación en venir á partido, publicó el general Andriani, que era el gobernador, en 1835 una Memoria en refutación del juicio de Toreno, y en justificación de su conducta, haciendo ver con documentos fehacientes y con el testimonio de los mismos generales franceses, cuyos partes, escritos y comunicaciones cita, que la defensa fué sostenida con un valor y un heroísmo y hasta un punto que nadie había podido esperar, atendidos los escasos elementos con que contaba. Cumplida es la justificación que hace el general Andriani. Posteriormente en 1840, en la Gaceta del 21 de abril, se publicó una real órden, en que S. M., oído el Supremo Tribunal de Guerra y Marina, se dignó declarar *gloriosa* la defensa de Sagunto en 1811, conceder al general Andriani la Gran Cruz de San Fernando, y aprobar otra de distinción propuesta por él mismo en favor de los valientes que se hallaban en ella, mandando que esta resolución se publicara en la órden general de los ejércitos.

Tampoco estuvo justo Toreno con el general Blake, á quien tilda de afecto á batallar, de tibio de condición, de indeciso, y de no haber tomado providencia alguna. Precisamente de no ser afecto á batallar había dado Blake muchas pruebas, y esta misma de que se trata la dió impulsado por el clamor de los valencianos y de los sitiados de Sagunto. Fama de activo tenía, y reputación de ser de los más inteligentes generales españoles, aunque la fortuna le fuera algunas veces adversa. Muy diferente concepto que al conde de Toreno parecía merecer Blake al gobierno y las Cortes españolas, que le elegían siempre para las más árduas empresas, al gobierno y al parlamento británico, y á los generales y mariscales del imperio francés.

ber rechazado anteriores agresiones, cuando no resguardaban el recinto de la ciudad sino unos simples muros, después de haber hecho sacrificios grandes para aumentar los medios de resistencia y mejorar y robustecer las fortificaciones, se consideraban como inconquistables, y en esta confianza no solo no habían cuidado de poner en salvo cuantiosas riquezas, sino que muchos de fuera habían llevado allí las suyas como á lugar seguro. Y aunque Blake tenía la convicción de que las fortificaciones adolecían de defectos notables, de que no correspondían á la idea que de ellas tenían los valencianos, y de que estaban lejos de constituir de Valencia una plaza de guerra conforme á los principios de la ciencia militar, no podía ni defraudar las esperanzas públicas ni dejar la ciudad expuesta al furor de las tropas enemigas, se decidió por la defensa, nombró gobernador de la plaza á don Carlos O'Donnell, excitó á salir de ella á los que no podían tomar una parte activa, hizo atrincherar el paso del río y mejorar en general las fortificaciones, y se situó con su ejército sobre la derecha del Guadalaviar, en cuya izquierda se había colocado Suchet con el suyo (1). Pero uno y otro general pedían refuerzos á sus respectivos gobiernos, el uno para poder atacar, el otro para poder defenderse.

Hé aquí cómo distribuyó Blake sus tropas. El teniente general Mahy con la división del tercer ejército, la 2.ª y 4.ª del 2.º y la mayor parte de la caballería, en Manises, Cuarte y Mislata, donde se hicieron algunas obras para defender el paso del río, y se aspillaron las casas inmediatas á él. De las tropas que debían quedar en Valencia, la 1.ª división del 2.º ejército se colocó en el monte Olivet; parte de la 3.ª división del mismo, con la vanguardia expedicionaria y alguna caballería en Rusafa; la 4.ª división expedicionaria en el arrabal de Cuarte, con órden de auxiliar á Mahy en el caso de ser atacado; la reserva del 2.º ejército dentro de la ciudad. El cuartel general se estableció en el convento extramuros del Remedio. De las milicias honradas del país que fueron convocadas, solo acudió el batallón de San Felipe de Játiva, y algunos trozos de las de otros pueblos; pero compuestos de hombres de todas edades y estados, y armados solo con chuzos y muchas escopetas, calculó Blake que no podían servirle, y ordenó que se restituyeran á sus hogares. Toda la fuerza española disponible llegaría apenas á 22,000 hombres. La posición del ejército español era no obstante superior á la del francés, en tanto que aquel permaneciese atrincherado, pero esta ventaja la perdía en el momento que saliese de sus líneas para tomar la ofensiva. Así era que ni el general español trataba de salir de ellas mientras no variasen las circunstancias, ni el francés acometía á este mismo ejército que había vencido el 25 de octubre, conociendo el esfuerzo de que era capaz al abrigo de los atrincheramientos. Ambos obraban con la prudencia de expertos generales.

A fines de noviembre movióse en auxilio de los suyos el general D'Armagnac, adelantándose por Utiel y Requena con todas las guarniciones que había recogido de la Mancha. Noticioso Blake de este movimiento, ordenó á Freire que desde Murcia se dirigiese al río Cabrial, y á Zayas que desde Valencia le saliera al encuentro. Esta combinación trastornó el plan de D'Armagnac, en términos que permitió á Zayas volverse á Valencia, quedando Freire á mitad del camino, porque era otra vez necesaria su cooperación. Tuvo además Blake que desprenderse de 1,200 hombres que dió al conde del Montijo para que pasase á Aragón á fin de conciliar los jefes militares que andaban por allí desavenidos, retirándose Mina á Navarra, obrando separadamente Duran y el Empeinado, y para que viesse de sacar quintos de aquel reino, y concertar en fin cómo llamar por aquella parte la atención del enemigo. Entre tanto solo se le reunió á Blake algunos dispersos, pero refuerzos formales de los que con instancia había reclamado al gobierno no llegaba ninguno.

(1) En la Memoria manuscrita de Roman se dan minuciosas noticias de las obras de fortificación que se habían hecho en Valencia, así en derredor y sobre los muros, como en los puentes del Turia, atrincheramientos que se habían construido, edificios exteriores que se habían arruinado para que no sirvieran de albergue á los enemigos, etc.

Más afortunado el mariscal Suchet, como que importaba tanto á Napoleón ganar á Valencia y progresar en España para imponer respeto al norte de Europa que le estaba amenazando, supo con júbilo que venían á engrosarle la división de Severoli, procedente de Aragón, y la de Reille, de Navarra, con fuerza entre ambas de 14,000 hombres. La de D'Armagnac amagaba también por Cuenca, aunque contenida por Freire; pero al mismo tiempo del ejército francés de Portugal destacaba Marmont una fuerte columna que atravesando la Mancha cayese sobre Murcia. El 24 de diciembre llegaron á Segorbe las divisiones de Severoli y Reille, y el 25 comenzaron á incorporarse al ejército de Suchet, quien de este modo juntaba 35,000 combatientes de tropas las más excelentes y aguerridas. Blake se preparó para combatir ó retirarse según las circunstancias lo exigiesen, aunque harto preparado estaba quien pasaba todas las noches con los caballos ensillados, y al amanecer visitaba la batería del mar, donde le llevaban los partes de todo lo ocurrido durante la noche.

Pero ni en aquella noche del 25 advirtieron los nuestros movimiento alguno del enemigo que les indicara intención de ataque, ni en la mañana del 26 imaginaba Blake lo que estaba ocurriendo, cuando le sorprendió una comunicación de Mahy haciéndole presente la poca fuerza de que disponía y el mal estado en que decía hallarse, indicando la conveniencia de abandonar los atrincheramientos de Manises, San Onofre y Cuarte. En efecto, aquella mañana por tres puentes que los enemigos habían echado durante la noche pasaron el río por la parte superior á fin de evitar el laberinto de las acequias, acometiendo el extremo de nuestra izquierda el general Harispe, que aunque rechazado al principio por los jinetes de don Martín de la Carrera, y tendido en el suelo su general Roussard por el brioso soldado del regimiento de Fernando VII Antonio Frondoso, rehecho después y recobrado Roussard, obligó á don Martín de la Carrera á retirarse en dirección de Alciria. Pero fué lo peor, que acometido Mahy por el general Musnier en Manises y San Onofre, abandonó después de corta resistencia aquellas posiciones que se tenían por las más fuertes, y se retiró también hacia el Júcar por Chirivella, de modo que cuando lo supo Blake advirtió que los franceses ocupaban á Cuarte, y comenzaban ya á salir de dicho pueblo.

De otro modo se condujo Zayas en Mislata, escarmentando la división de Palombini, arrojando una brigada enemiga contra el Guadalaviar, y haciéndola perder hasta 40 oficiales, con la circunstancia de haber despedido por innecesaria la gente que Mahy le envió para sostenerse. Mas si bien aparecíamos victoriosos por aquel lado, no sucedía así por otras partes. Adelantado Harispe sobre Catarroja, dueño Musnier de Manises y San Onofre, y arrojados los nuestros de Cuarte, la división de Reille marchaba en dirección de Chirivella teniendo que proseguir Mahy á las riberas del Júcar, con Carrera, Creagh, Villacampa y Obispo. El mariscal Suchet, que con sus ayudantes y una pequeña escolta se había metido en Chirivella y subióse al campanario para observar desde allí las dos orillas del Turia, corrió gran peligro de ser cortado por un batallón español que se acercaba en ademán de penetrar en el pueblo. Por fortuna del mariscal francés la escasa gente que le escoltaba se apercibió de ello, y dejándose ver de modo que aparecía estar ocupada por los franceses la población, engañó á los nuestros, que con aquella idea se alejaron.

Tan inesperados sucesos hicieron vacilar á Blake, que viendo no ser ya posible intentar una acción general, faltándole las tropas del tercer ejército y la caballería, y no pudiendo concurrir oportunamente las que quedaron en Valencia, después de algunas dudas creyó que lo más prudente y menos arriesgado era recogerse con las fuerzas de Mislata á Valencia, para deliberar allí lo que podría ser más conveniente al ejército y á la ciudad misma, y así lo verificó con las divisiones de Zayas, Lardizabal y Miranda, encerrándose en los atrincheramientos exteriores desde enfrente de Santa Catalina hasta Monte Olivet. Con lo cual, y con haber logrado el general francés Habert, aunque á costa de afanes y riesgos, y de sufrir el fuego de nuestra escuadrilla, ocupar la derecha del Guadalaviar casi á la boca del descargadero, y poniendo el mayor

ahíno en darse la mano con los de su nación que habían forzado nuestra izquierda, alcanzaron el objeto que se proponían, que era el de acordonar la ciudad, mucho más hallándose en ella el general Blake y siendo el afán y el empeño de Suchet ver cómo se apoderaba de su persona.

Al mismo Suchet le había sorprendido la rapidez de los sucesos, pues nunca creyó encontrar tan poca resistencia en los atrincheramientos españoles de la izquierda. En cuanto á Blake, que obró como quien ignoraba la reunión de las divisiones Reille y Severoli al ejército francés, como quien no tenía noticias de los tres puentes echados por el enemigo durante la noche sobre el Guadalaviar, y como quien esperaba que en todo evento Mahy sostendría mejor las posiciones de Manises, San Onofre y Cuarte, tan pronto como se retiró á Valencia congregó á todos los jefes y oficiales superiores para deliberar lo que convendría hacer en tan críticas circunstancias. Trazóles el cuadro que á sus ojos ofrecía la nueva situación, atendida la calidad de los cuerpos que componían el ejército, y la de las tropas que guarnecían la ciudad, la naturaleza de las fortificaciones, los viveres con que se contaba, la ignorancia en que se hallaba del paradero de Mahy, y expuestas estas y otras consideraciones propuso á la junta las cuestiones siguientes: 1.ª Si Valencia podía ó no defenderse: 2.ª Si convenía que el ejército permaneciese en las líneas, ó se abriese paso al través de los enemigos: 3.ª En este último caso, cuándo convendría verificar la salida?—Respecto á la primera, convinieron todos en que las fortificaciones de Valencia no podían considerarse sino como un campo atrincherado de grande extensión, incapaz de resistir un sitio en regla sin esperanza de pronto socorro. En cuanto á la segunda y tercera, opinaron todos, á excepcion del general Miranda, que era preciso salir de las líneas, y salir lo más pronto posible, dejando en la ciudad algunas tropas, para resistir á un golpe de mano. Pero suspendióse la salida por aquella noche, ya por tener tiempo para racionar las tropas, ya por no conocerse bien las posiciones de los enemigos, y no exponerse á malograr la empresa.

Con esto, y con haber querido Blake retirar la artillería á lo interior de la ciudad sin alarmar á los enemigos, y tomar otras semejantes precauciones fuese difiriendo la salida hasta la noche del 28, pero se dió lugar con esto á que los franceses situaran sus principales campamentos en el camino real de Madrid, y en los de la Albufera y Mislata, y á que hicieran cortaduras, no solo en las avenidas, sino hasta en las calles mismas de algunos arrabales, dificultando cada vez más la salida. Era, sin embargo, preciso acometerla. Pareció lo menos arriesgado ó más practicable verificarlo por la puerta y puente inmediato de San José, camino de Burjasot, en direccion á Cuenca, donde se hallaban los generales Freire y Bassecourt. Empleó Blake el día 28 en introducir disimuladamente la artillería de línea en la ciudad, en racionar y municionar la tropa expedicionaria, en señalar á cada division el orden en que había de marchar y el punto de reunión en todo evento, habiendo de llevar cada una su compañía de zapadores para los pasos difíciles, dando instrucciones á don Carlos O'Donnell, que con la reserva había de quedarse en la ciudad, sobre el modo como había de defenderla y de obtener una capitulación honrosa en el caso de tener que evacuarla, y previniéndole también que convocara una junta general del ayuntamiento, prelados y prohombres de los gremios. Llegó en esto la noche: la hora señalada para romper la marcha eran las diez, mas por aquellos incidentes irremediables en casos de tal naturaleza se difirió hasta las doce. Moviése pues la division de vanguardia mandada por Lardizabal, y á la cabeza de ella el brigadier Michelena.

Resultantemente traspuso Michelena el puente sin que pareciera percibirse el enemigo. Siguióle Lardizabal; pero mas adelante tropezaron con el agua derramada de la acequia de Mestalla que les entorpecía el paso. Michelena sin embargo arrostra por todo y avanza: encuentra un piquete enemigo, le habla en francés y prosigue: en Beniferri se halla con una patrulla francesa, la lleva consigo, y cuando apercibidos los soldados de la poblacion comienzan á hacer fuego, ya no le alcanzan los tiros y logra llegar salvo á Liria. Pero Lardizabal

en esta ocasion se muestra menos resuelto y titubea: parte de sus tropas se detiene, y embaraza la cabeza de la 4.ª division, que llegando al puente se encuentra como obstruida en él; el fuego de los enemigos se aumenta; se oye tocar generala; la columna retrocede á reparar el puente, donde todos se agolpaban. Blake, que con su estado mayor presenciaba el desfile situado cerca del baluarte de Santa Catalina, comprende haberse malogrado su plan, calcula todas sus consecuencias, y da orden para que las tropas ocupen de nuevo sus atrincheramientos, y hace salir otra vez la artillería de la ciudad, resuelto á defenderse sin renunciar á la esperanza; vana esperanza en verdad! de tentar la salida otro día y en momento acaso mas feliz. Solo el intrépido Michelena había salvado todos los obstáculos con unos 400 hombres. Frustrada esta tentativa, Valencia y el ejército iban á verse en gravísimo compromiso.

Desde la mañana del 29 comenzaron á advertirse en la poblacion sintomas de inquietud; disgusto por la salida intentada, y oposicion á que se pensara en otra nueva: resolucio de los habitantes á defenderse, y al propio tiempo desconfianza del ejército, y principalmente del general en jefe: consecuencias todas muy comunes, y casi naturales en los pueblos, cuando ven crecer para ellos el peligro por resultado de una batalla perdida ó de una operacion malograda; aparte de la buena ocasion que se les presenta á los aficionados á sembrar cizaña y á los interesados en promover disturbios. Con el doble objeto de aquietarlos y de mostrar serenidad y confianza recorrió Blake la ciudad solo y á pié, pasando despues á situarse en el arrabal de Ruzafa, centro de la línea. Mas aquella noche se reunió la junta popular que él había mandado crear al partir, aunque innecesaria ya despues de su regreso. Reinó en ella gran fermentacion, quiso asumir en sí el mando, y acordó enviar cuatro comisionados á reconocer la artillería, examinar el estado de la línea, é inspeccionar el servicio que hacian las tropas en los atrincheramientos. A la una de la noche se presentaron estos comisionados al general en jefe: eran frailes dos de ellos, y acompañábanlos doce ó quince menestrales. Blake detuvo á tres de los comisionados, dejando al cuarto en libertad para que fuese á anunciar á la junta lo distante que se hallaba de consentir en sus imprudentes pretensiones, y envió los acompañantes al general Zayas, encargándole los pusiese en los parapeños y los hiciese alternar en el servicio con los soldados para que vieran prácticamente cómo este se hacia y desfogaran así los impetus de su patriotismo.

Todavía despues de disuelta la junta y sosegados los primeros sintomas tumultuarios, se propuso en la mañana del 30 otro pensamiento, que aunque extraño é irrealizable, se comprende en un pueblo exaltado, y que tenía una razon especial para temblar á la idea de una invasion francesa y al peligro de ser sacrificado en venganza de los asesinatos horribles ejecutados en 1808 en los de aquella nacion. El pensamiento que se propuso fué el de salir todo el pueblo en masa unido á la guarnicion á atacar al enemigo en sus campamentos. No le fué difícil á Blake desvanecer tan extravagante proyecto; pero al mismo tiempo esta disposicion de los ánimos le hacia imposible pensar en abandonar la ciudad ni en intentar nueva salida con la tropa. Naturalmente aquellas disidencias influían desfavorablemente en el espíritu del soldado, y mas siendo valencianos muchos de ellos, y por lo mismo participando mas del trato y de las inquietudes del paisanaje.

Lo peor fué que de aquellos disturbios se aprovechó Suchet para estrechar el cerco y preparar el ataque, y en la mañana del 2 de enero (1812) aparecieron tres paralelas, contra la semiestrella del Monte Olivet, contra el hornabeque del arrabal de San Vicente, y contra el frente de Cuarte. Este último era un ataque simulado: los otros dos los verdaderos. El 3 sentaron y comenzaron á jugar sus baterías: con fuegos de fusilería y de metralla contestaban los nuestros: entre otras pérdidas tuvieron los franceses la del distinguido coronel de ingenieros Henri, guerrero de gran prestigio por su talento y actividad, que había sido jefe de ataque en siete sitios consecutivos: lloráronle, y con razon, los suyos. Pero no considerándose bastante nuestra gente para defender una línea de mas de

22,000 piés de extension desde Santa Catalina á Monte Olivet, determinó Blake, de acuerdo con los jefes, retirarse la noche del 4 al recinto de la ciudad, clavando antes la artillería de hierro y llevándose la de bronce, operacion que se ejecutó con tal destreza que los enemigos no se apercibieron de ella hasta la mañana del 5. Apoderáronse entonces de los puestos abandonados, y comenzó el bombardeo contra la ciudad de tal manera que en veinticuatro horas cayeron dentro de su recinto mil bombas y granadas, causando estrago grande en los edificios, é infundiendo espanto y terror en los moradores, siendo mayor la confusion por la mucha gente que de la Huerta se había allí recogido y apiñado. Continuando los días siguientes el bombardeo, que entre otras preciosidades destruyó las ricas bibliotecas arzobispal y de la universidad: reducida la defensa al antiguo muro, sin casi cortaduras en las calles, que no era Blake aficionado á las luchas de este género, y consternados los habitantes con las escenas de dolor que presenciaban y con el temor de un próximo y horrible saqueo, comisiones de vecinos se presentaron á Blake exhortándole á que tratase de capitular; pero en cambio un grupo tumultuario, conducido por un fraile franciscano, penetró en su habitacion pidiendo que llevara la defensa hasta el último extremo. Blake hizo prender á este religioso, y tomó bajo su responsabilidad la suerte del pueblo valenciano.

Sin embargo de haber rechazado con firmeza la primera propuesta de rendicion que el día 6 le hizo Suchet, convencido de la facilidad con que los enemigos podían apertillar el muro, de no ser posible ni una resistencia militar ni una resistencia popular de calles y casas, por no consentir la primera el escaso número de tropas y la naturaleza de las fortificaciones, y no estar preparada la ciudad para la segunda, despachó el 8 al campo enemigo oficiales que prometiesen de su parte capitular bajo la condicion de evacuar la ciudad con todo su ejército, armas y bagajes, y de que se le permitiera pasar á Alicante y Cartagena. Desechó la propuesta Suchet, y en su lugar le envió la proposicion de una capitulacion pura y sencilla. Entonces reunió Blake una junta de generales y jefes, en número de doce: tratóse en ella detenidamente el punto de admitir la capitulacion ó prolongar la resistencia: cada vocal emitió libremente su dictamen, exponiendo sus razones en pro ó en contra; dividiéronse por mitad los pareceres (1), decisivo era el voto del presidente, y de él pendía la resolucio de cuestion tan delicada. Pesados en su ánimo los males de una y otra solucio, prevaleció en él el deseo de salvar una ciudad populosa de los horrores de una plaza entrada por asalto, y prefiriendo á la responsabilidad de esta catástrofe el sacrificio de su amor propio y de su reputacion militar, optó por la capitulacion. Elegido el general Zayas para pasar con esta respuesta al campo enemigo, regresó en la mañana del 9 (enero, 1812) con la capitulacion firmada por ambas partes (2).

(1) En las *Noticias históricas* manuscritas de Roman se refiere minuciosamente todo lo que pasó en aquel consejo de guerra, lo que opinó cada uno, y las razones con que cada cual lo apoyaba.

(2) Capitulacion de Valencia.

Art. 1.º La ciudad de Valencia será entregada al ejército imperial. La religion será respetada, los habitantes y sus propiedades protegidos.

Art. 2.º No se hará pesquisa alguna en cuanto á lo pasado contra aquellos que hayan tomado una parte activa en la guerra ó revolucion. Se concederá el término de tres meses al que quiera salir de la ciudad, con la autorizacion del comandante militar, para que pueda trasladarse á cualquier otro punto con su familia y bienes.

Art. 3.º El ejército saldrá con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, y depondrá las armas á la parte opuesta del puente sobre la orilla izquierda del Guadalaviar. Los oficiales conservarán sus espadas, como asimismo sus caballos y equipajes, y los soldados sus mochilas.

Art. 4.º Habiendo ofrecido el excelentísimo señor general en jefe Blake devolver los prisioneros franceses ó aliados de estos que se hallen en Mallorca, Alicante ó Cartagena, hasta que el canje pueda concluirse, hombre por hombre, y grado por grado, se hará extensiva esta disposicion á los comisarios y otros empleados militares prisioneros por ambas partes...

Art. 5.º Hoy 9 de enero, luego que la capitulacion esté firmada, algunas compañías de granaderos del ejército imperial mandadas por coroneles ocuparán las puertas del Mar y de la Ciudadela.—Mañana á las

Blake, luego que la suscribió, dió cuenta de lo sucedido á la Regencia en términos precisos y mesurados. El parte comenzaba diciendo: «Aunque la pérdida de Valencia ha sido prevista y anunciada hace mucho tiempo, me es imposible tomar la pluma para dar parte de ella á V. A. sin experimentar el mas profundo dolor. Se debió esperar, y se esperaba en efecto este funesto acontecimiento luego que cayó en manos de los enemigos la plaza de Tarragona.» Contaba el sitio de Sagunto, y todo lo acontecido hasta la rendicion de la ciudad, y concluía: «Yo espero que V. A. tendrá á bien ratificar el canje convenido de los prisioneros, y enviar en consecuencia las órdenes á Mallorca. Por lo que á mí toca, considero el canje de los oficiales de mi grado sumamente lejano: me creo condenado á la cautividad por el resto de mi vida, y miro el momento de mi expatriacion como el de mi muerte; pero si mis servicios han sido agradables á la patria, y si hasta este momento no he dejado de contraer méritos por ella, suplico encarecidamente á V. A. se digne tomar bajo su proteccion mi numerosa familia.»—«Palabras muy sentidas (dice un historiador español poco apasionado de Blake), que aun entonces produjeron favorable efecto, viniendo de un varon que en medio de sus errores é infortunios había constantemente seguido la buena causa, que dejaba pobre y como en desamparo á su tierna y numerosa prole, y que resplandecía en muchas y privadas virtudes (3).»

A las cuatro y media de la tarde de aquel mismo día (9 de enero), conforme á lo estipulado, ocuparon los franceses el barrio del Remedio y la ciudadela, y aquella noche patrullaron en union con la tropa española para evitar desórdenes. A las seis de la mañana siguiente salieron para Alcira los 1,640 hombres que habían de ser canjeados por otros tantos franceses, y á las ocho desfiló el resto del ejército por la puerta y puente de San José, en cuya cabeza depuso las armas. Constaba la totalidad del ejército de 16,141 plazas, incluidos los enfermos y quintos no instruidos, y no rebajados los desertores (4). Blake salió aquella tarde con sus ayudantes camino de Murviedro: él y los demás generales prisioneros fueron aquella noche

ocho de ella, saldrá la guarnicion de la plaza por la puerta de Serranos, al paso que 2,000 hombres lo verificarán por la de San Vicente para dirigirse á Alcira.

Art. 6.º Los oficiales retirados que actualmente se hallan en Valencia quedan autorizados á permanecer en la ciudad si gustan, y se procederá á los medios de asegurar su subsistencia.

Art. 7.º Los comandantes de artillería y de ingenieros, y el comisario general del ejército, entregarán á los generales y comisarios, cada uno en la parte que le concierne, el inventario de todo lo que depende de su ramo respectivo.

Valencia 9 de enero de 1812.—El general de division José de Zayas, encargado por el excelentísimo señor general Blake.—El general jefe de estado mayor del ejército imperial de Aragon, Saint-Cyr-Nugues, encargado por el señor mariscal conde de Suchet.—Convento en la anterior capitulacion.—Joaquin Blake.—Apruebo la presente capitulacion.—El mariscal del imperio conde de Suchet.

(3) Toreno, *Historia de la Revolucion de España*, lib. XVII.

(4) Fuerza de que constaba el ejército de Valencia.

Generales	Divisiones	Inf.	Cab.
Teniente general don José Miranda	1.ª del 2.º ejército	3,590	
Brigadier Morterin	2.ª seccion de la 3.ª	1,645	
Brigadier Loiri	Reserva de idem	4,347	
Mariscal de campo, don José de Lardizabal	Vanguardia del 4.º	1,775	
Idem don José de Zayas	4.ª del 4.º	2,027	
Brigadier Zea	Caballería del 2.º		742
	Ordenanzas del 2.º y 4.º		116
Brigadier Zapatero	Zapadores del 2.º y 3.º	383	
Brigadier Arce	Artillería del 2.º y 4.º	1,137	315
	Empleados	64	
	Total		16,141

De ellos los 10,372 eran valencianos. El número de jefes era de 93, el de capitanes 198 y el de subalternos 568.—Es por consecuencia exagerada la cifra de prisioneros que suponen los historiadores franceses.—Además en el estado que se dió al tiempo de la entrega no se rebajaron los desertores, que había habido muchos en aquellos días.—Hombres útiles para la defensa apenas llegarían á 14,000.